Líneas

Han pasado escasos días desde que ocurrió lo que ahora me viene en gana confiar al cariño de mi pluma, para que ella lo diga al oído del público como pueda; y estoy cierto de que aunque pasen muchos, muchísimos más, y todos me dejen impresiones muy vivas, me parecerá siempre que hace muy pocos desde entonces, y nada menguará el vigor de mi recuerdo.

Un día, ya de tarde, cerca de la hora en que empiezan los sonrientes luminares del cielo á derramar tranquilidad sobre las almas que la han perdido en la refriega del día, fuime—ansioso de llenar de emociones el abismo de la mía, entonces desolada—al silencioso Asilo de Incurables que cerca al bullicio de la ciudad levanta al cielo la queja amarga de su aspecto ruinoso; en cuyas paredes se refleja todo el gran dolor de los hombres que tras ellas se defienden de los embates de la vida; esos sus hijos olvidados que ya no ven, que ya no oyen, que casi ni sienten ya...

Y allí, donde tiene su hogar la angustia, donde los misterios humanos se estudian en otros pergaminos tan distintos de los que el viento hace revolotear por sobre las frivolidades de la escena diaria, allí donde el reposo es esclavitud, allí donde las risas son muecas incomprensibles ó acaso blasfemias, donde la misión del alma inmortal no asoma jamás temerosa tal vez de que la estruje la terrible realidad de aquellos quejumbrosos mecanismos que allí moran, recogió mi pensamiento la noción de un vigoroso heroísmo, esplendente de grandeza, algo así como un clavel nuevo sobre un montón de cenizas frías...

Un viejecillo, el más anciano de todos los asilados, con los desechos que recoge cuando se le deja salir á tomar el sol por esas calles... fabrica juguetillos que luego vende á la caridad de las gentes, pues que son inútiles, y con las monedas que logra reunir compra dulces ó frutas que cariñoso lleva á las manos temblonas y rugosas ó al sucio regazo de sus compañeros de prisión.

Cuando la Hermana que vela la larga agonía de los pobres incurables me refirió la historia de ese heroico benefactor ignorado, me dijo también como si se lo dictara un hondo pesimismo ó tal vez una profunda sorpresa provocada por la emoción que en mí se manifestó: "¿y si fuera una enfermedad su virtud?"

—Si lo fuera Hermana,—dije yo—no hay otro consuelo para el ideal, sino desear que toda la humanidad adquiera para siempre esa dolencia sublime!

OMAR DENGO

Ideas y opiniones

Rebeldía *

Dolores y Julia eran dos esperanzas muertas al empezar á ser realidades; eran las dos hijas de un poeta de rebeldías únicas quien las había educado en las ideas suyas, completamente suyas, ideas de arte nunca esclavo, ideas de vida toda voluntad, ideas de amor, de verdadero amor. Quiso hacer de ellas mujeres dignas del nombre de mujeres, no esas muñecas sin otros ideales que el de vestir bien y el de parecer más jóvenes, más bellas y más ricas que sus compañeras; quiso nutrir sus espíritus con alimentos de verdad, de arte y de libertad. Dolores

* *Rebeldía*, de Joaquín Dicenta. (Domenech, editor, Barcelona, 1910.)